

**La verdad** es independiente en su línea de pensamiento, con confesionalidad e ideología propias y definidas a través de sus comentarios editoriales, y no acepta, necesariamente, como suyas, las ideas vertidas en los artículos y colaboraciones firmados.

# Opinión

## Equilibrio y equidad

EN estos momentos en que la opinión pública está pendiente del juicio que se celebra en Madrid, el Rey, con motivo del centenario de la Academia General, ha tenido en Zaragoza palabras que invitan a la reflexión serena, tan conveniente en momentos delicados. Don Juan Carlos se ha dirigido a profesores y alumnos de la Academia, pero sus reflexiones alcanzan mayores ámbitos, como es natural, y explican a los civiles las pautas de comportamiento del Ejército en cualquier circunstancia. Estas pautas exigen sacrificios cuantiosos, porque, incluso en el trance de tomar decisiones importantes, el militar debe hacerlo "con ánimo sereno... y con valentía, y tener siempre el valor de hacerse responsable de ellas en la guerra o en la paz". Más aún, dice el Rey, puede haber "momentos en la vida colectiva de un Ejército en que el deber aparezca oscurecido por las nubes que pasan, pero el valor moral, en el sentido de la justicia, la fuerza permanente de la disciplina, han de imponerse por encima de todo".

A los militares les dice el Rey que hay

que sentirse "más seguros del futuro que nunca. No nos hemos equivocado cuando elegimos la libertad y la justicia como metas para construir una sociedad plural en una España única... cuando decidimos transitar con la más plena responsabilidad colectiva por el mismo camino de las naciones libres de Occidente. Hemos acertado —dice un poco después— en nuestro modelo de nación en esta hora difícil del mundo y de la civilización". Por eso, añade, no podrán con esta seguridad "ni la violencia de los impacientes ni la tristeza de los débiles", por más que hayamos tenido que sufrir y por encima de "los sacrificios que tal vez nos esperan aún", que "no son más que pruebas de que esta institución compartida por la mayoría es madura, lúcida y respetable".

La invitación del Rey a esta seguridad es para todos pero de manera especial para "los españoles que de buena voluntad, muchas veces con ingenuidad fervorosa y atractiva, se han sentido invadidos por la duda". A ellos, sobre todo, invita a que

vean en la Corona un símbolo de equilibrio y de equidad".

Finalmente, don Juan Carlos habla de abnegación, que es virtud militar en alto grado, de voluntad de superar las dificultades y de hacerlo a través de la solidaridad. Y dice a los militares: "El pueblo español confía en sus Fuerzas Armadas; seamos siempre dignos de esa confianza". Porque, ¿qué mayor solidaridad que la que brota, precisamente, de esa confianza correspondida?

Por lo que a él mismo respecta, al Rey, su última frase del discurso es bien significativa: "Yo quiero asegurarnos que vuestro Rey está a las órdenes de España". Ordenes que son servicio total, entrega absoluta, la misma que pide a las Fuerzas Armadas de las que es jefe supremo.

No está de más que cuando esas "nubes que pasan" se fijan con exceso en nuestra memoria, se repasen las palabras del Rey, "equilibradas y equitativas", de acuerdo con la condición de quien ostenta la Corona, "símbolo de equilibrio y de equidad". Podrían servir para alejar esas nubes.

## Las ideas falsas son testarudas

Por Raymond Aron

EL Gobierno francés no debería manifestar tanto nerviosismo. Apoyado por una mayoría absoluta en la Asamblea Nacional, protegido, es decir, sostenido, por los sindicatos, dueño de la radio y la televisión, al igual que sus predecesores, no tiene nada que temer de una oposición decapitada o

victima de un duelo a muerte entre sus antiguos jefes. François Mitterrand está en el Eliseo por siete años, los socialistas en el palacio Bourbon por otros cinco, ¿a qué viene, pues, la gira por Francia del primer ministro, alternando las amenazas y las pro-

mesas a los "patrones" como si las decisiones de contratar o de invertir obedecieran a los encantamientos de un gobierno de cuyas intenciones desconfían la mayor parte de los jefes de empresa, incluso aún más de lo que critican su actuación?

productividad serían las causas del paro. El primer ministro asume, con un ardor de neófito, viejas ideas falsas. Parece que la cuestión fuera aumentar no el número de empleados sino el de las células empleadas, dicho con otras palabras: repartir una cantidad fija de trabajo entre el mayor número posible de personas.

De esta falsa idea, a primera vista seductora, los estudiantes aprenden, desde la universidad, a coger el softisma. La economía moderna progresa por el aumento de la producción: los obreros abandonan los sectores en los que sobran pasando a otros sectores que responde a otras necesidades. Desde el incremento de los precios del petróleo, a pesar de las circunstancias excepcio-

nalmente desfavorables el número de empleados ha aumentado en Francia de 20.893.000 en 1973 a 21.812.000 en octubre de 1981. Este incremento no ha sido suficiente y la crisis de 1981 provocó una ligera disminución de los empleos. Pero lo esencial sigue siendo lo mismo. Hay que favorecer la creación de empleos y no la de empleados: el número de empleos importa más, a la larga, que las estadísticas sobre demanda de empleos.

El primer contrato de solidaridad concluido con la municipalidad de Lille aclara la idea falsa: con 250 empleados de más para hacer un poco mejor los mismos servicios, la duración del trabajo hubo de ser reducida a 35 horas. Pero ¿quién pagará los gastos sino los contribuyentes?

El ministro de Finanzas se basa en cifras cuando afirma que el relanzamiento está a las puertas. Relanzamiento quizás cíclico, probablemente acelerado por la distribución de las rentas a las capas sociales más desfavorecidas, acentuado por una devaluación que la diferencia entre los índices de inflación respectivos de Francia y la República Federal hacía deseable. Giscard d'Estaing se ha equivocado al romper su silencio para implorar una decisión que hubiera podido tomar libremente a finales de 1979 y que J. Delors se vio obligado a tomar en el otoño de 1981. El presupuesto establecido por M. Fabius suponía esta reactivación sin la cual el monto del déficit presupuestario hubiera superado ampliamente los 95.000 millones previstos. Pero aun suponiendo que el crecimiento de 1982 alcance los 3,3 descontados por el ministro, ninguno de los dos males que los socialistas se prometían curar, la inflación y el paro, serán verdaderamente curados.

Los portavoces se refieren a las experiencias extranjeras. La República Federal, con un déficit de finanzas públicas que alcanza el 4 por ciento del producto nacional bruto ha mantenido su índice de inflación entre un 5 o un 6 por ciento, la mitad casi y ahora casi un tercio del índice francés aunque el déficit de finanzas públicas haya sido en nuestro lado del Rin, regularmente inferior, en proporción al P.I.B., a lo que es del otro lado. De lo que se deduce que no existe correlación simple entre el déficit de las finanzas públicas y el índice de inflación, no que el déficit de finanzas públicas, siendo las cosas feales, no ejerza influencia sobre la inflación, el ministro de Finanzas deberá controlar con más rigor las masas monetarias

para compensar el superávit del déficit presupuestario.

El Gobierno contaba y cuenta todavía con el relanzamiento para reducir el paro. Sin embargo, el incremento de la producción no basta para garantizar la contratación de empleados suplementarios: es probable, en efecto, que la mayoría de las empresas tenga los medios de producir más con la mano de obra actual. Pasa lo mismo con las inversiones: las empresas pueden responder a un incremento de la demanda sin nuevas inversiones. Y algunas de esas inversiones eventuales tendrán un carácter recesivo, consistiendo con frecuencia en el relevo de hombres por máquinas, en la mejora de la organización con vistas a disminuir el precio de costo y, por lo tanto en algunos casos, en la reducción del volumen de la mano de obra.

Según las informaciones facilitadas por la prensa, el Gobierno había previsto negar las ventajas fiscales a las inversiones de las empresas que no hubieran reclutado empleados suplementarios. Al parecer el proyecto ha sido modificado: bastará que las empresas no hayan disminuido el número de sus empleados. La obsesión de la lucha contra el paro acaba por oscurecer los espíritus. Sometidas a una competencia nacional e internacional, las empresas deben producir al costo más bajo posible. Penalizarlas por sus esfuerzos de productividad es incrementar en última instancia el paro que se quiere combatir.

Desde hace aproximadamente dos siglos, cada crisis presupone un cierto paro, hace florecer las polémicas contra las máquinas y también las ideas falsas. El exceso de natalidad, el exceso de



ESCAPARATE

NO SE ENTIENDE

SON tantas y tan frecuentes las decisiones que afectan al orden tributario; se adoptan medidas de tan varia inspiración fiscal y con fundamentos tan contradictorios —que tienen, sin embargo, una veta común: exprimir al contribuyente—, que a veces se producen situaciones paradójicas ante las cuales resulta explicable la perplejidad del lector.

Nos dicen que Aeropuertos Nacionales va a destinar 500 millones para «evitar boicots turísticos»; pensamos, a renglón seguido, que unos piquetes franceses —sobre todo franceses—, italianos o belgas estarán formando grupos intimidatorios ante las oficinas españolas correspondientes en París, Roma o Bruselas, y se trata de comprar su voluntad o de enviar allí, previo su entrenamiento intensivo, a los comandos disuasorios.

Pues no. Esa cantidad, prevista para ser gastada entre abril y agosto, será entregada a las compañías aéreas foráneas sobre las que pesaban, en cambio, unas tarifas españolas por tonelada métrica de aterrizaje, que se habían aumentado «por encima de lo que venía exigido por la evolución de los costos». De modo que, tras encarecer un servicio sostenido esencialmente por quienes vienen a visitarnos, se cae en la cuenta de la torpeza cometida, y se resuelve, mediante el parche de rigor, enmendar la precipitada torpeza dando con una mano a las empresas afectadas lo que se les quita con otra. El procedimiento, ejemplo de improvisación administrativa, es lamentable. Y nos recuerda, en lo funcional, a alguna de las leyes de Parkinson, el economista, y en lo zoológico, a la ardilla, ese animalito tan inquieto, inseguro e impaciente.



—Señora ministra, ¿y qué decretos leyes se van a llevar para la temporada primavera-verano?